

Duelo y trabajo de objetalización
Mourning and objectalization process

Flora Singer



Cécica Cuello/2013

FLORA SINGER
Psicóloga
Doctora en Psicopatología Fundamental y Psicoanálisis
de la Universidad París VII
florasinger@psico.edu.uy
Uruguay



RESUMEN

Este artículo analiza algunos aspectos clínicos del proceso de duelo, diferentes y previos al proceso elaborativo tal como fue descrito por Freud, que conciernen a la producción de una nueva relación objetal. Apunta con ello a reflexionar acerca del estatuto psicopatológico del duelo, a relacionarlo con otros cuadros clínicos que implican producciones de relaciones objetales de características similares, y a extraer algunas conclusiones acerca de estas homologías.

A veces la situación de duelo determina la producción de una nueva relación objetal. Esta compromete el narcisismo primario y permite mantener el vínculo con el muerto en tanto muerto, como si hubiera alguna dificultad en la aceptación de su ausencia.

Ese trabajo de objetualización del duelo guarda cierta similitud con resoluciones fallidas de procesos transicionales tal como se encuentran en las adicciones y en la clínica de los estados límites. El análisis de estas configuraciones clínicas y su red diferencial pueden introducir una fértil perspectiva crítica sobre los criterios teóricos y metodológicos que las articulan entre sí. Cómo pensar un pasaje entre organizaciones estables y procesos críticos y qué concepción de lo psicopatológico está en juego son algunas de las preguntas concernidas en estos planteos.

Palabras clave: Duelo, objetualización, transicionalidad, estados límites.

ABSTRACT

This article analyzes some clinical aspects of the mourning process different and previous to final elaboration as described by Freud, which concerns the production of a new object relation. Its aim is to think about the psychopathologic status of mourning, to relate it to other clinical manifestations which involve similar productions of object relations, and to draw some conclusions about these similarities.

The mourning situation sometimes produces a new object relation with specific characteristics. It may engage primary narcissism and allow the maintenance of the ties with the lost one in his condition of dead, as if some kind of difficulties in accepting him/her as absent were involved.

These productive objectualization processes of mourning have some similarities with failed resolutions of transitional processes as found in addictions and border-line patients. The analysis of these clinical configurations and their differential networks may introduce a fertile critical perspective on the theoretical and methodological criteria that may possibly articulate them. This discussion brings up two instigating questions: How can a passage among stable organizations and critical processes be understood? What conception of psychopathological is involved here?

Key words: Mourning, objectualization, transitional, border-line states.



Límites del modelo freudiano del duelo

Encontramos en ciertos procesos de duelo la creación de configuraciones objetales particulares que interrogan la concepción freudiana del mismo (Freud, 1915). Esta última está asociada a una actividad psíquica elaborativa a partir de una situación de pérdida. Mediante el trabajo de duelo, el objeto muerto es progresivamente desinvertido, la prueba de realidad termina imponiéndose y un objeto sustitutivo puede ser así investido por la libido desprendida del objeto muerto. Ya desde el título y el inicio de la obra consagrada a este tema, el eje normal-patológico establece una progresión entre el duelo normal y sus formas patológicas que culminan en la melancolía.

El hecho de que en el duelo se enfatiza más el estado final, por el cual el sujeto libera su libido y puede fijarla en un objeto sustitutivo que el propio proceso que lleva a ello, ha empobrecido al duelo de su cualidad psicopatológica, entendida esta en su sentido etimológico, en tanto inherente al sufrimiento humano.

La clínica nos muestra sin embargo que en torno al duelo se tejen procesos productivos complejos, donde las tentativas de resolución muchas veces fallidas no necesariamente van en el sentido de la desinversión del muerto y su sustitución por otras inversiones.

Los aportes de Jean Allouch (2006) en relación con el duelo y la conceptualización de André Green (1994, 2010) en torno a los procesos de objetalización nos ayudarán en nuestra reflexión.

Allouch ha analizado los límites de la teoría freudiana en torno al duelo, tema que hemos desarrollado en un artículo anterior (Singer, 1999). La caracterización del duelo como fenómeno normal tuvo a su entender como consecuencia, por un lado, borrar la especificidad del duelo y, por otro, introducir una normatividad con relación al tema. Allouch dice que allí donde, a partir de algo conocido —el duelo—, se iría a explicar lo desconocido —la melancolía—, se terminó tomando por conocido lo que de hecho se conocía mal, y una versión normativa del duelo se filtra así subrepticamente, pasando por alto la complejidad de los procesos. Allouch estima que una clínica del duelo apunta más al reconocimiento de una pluralidad de duelos y a su red diferencial, que a la búsqueda de una normativa generalizadora. Señala que para Freud el duelo es una operación que no deja resto, mientras que para Lacan, con quien concuerda, hay disparidad entre la situación anterior y la ulterior al duelo, y lo que así se inscribe es la esencial no sustitución del objeto. El duelo no es la separación con el muerto, es un cambio en la relación al muerto. Se trata de una alteración y una producción de una nueva figura en la relación de objeto. Las identificaciones de los rasgos del objeto muerto tampoco tienen como función

la separación del objeto, sino, por el contrario, apuntan a mantener la relación con dicho objeto. Todo ello lleva a la instauración de una nueva posición subjetiva.

Para Allouch la experiencia de desaparición del ser querido mantiene una correspondencia con la realidad demasiado densa; un «agujero en lo real» de acuerdo a J. Lacan hace que el duelo muchas veces se constituya como un proceso para-psicótico. El pasaje a la aceptación de la ausencia, pasa por una efectuación del duelo de la cual el trabajo elaborativo constituye el momento final. Antes de ello, la efectuación del duelo pasa por el sacrificio de una parte de sí, en donde el sujeto acompaña al muerto bajo alguna forma identificatoria.

El planteo de Allouch nos permite pensar en un espacio productivo previo a la elaboración de la ausencia, ausencia que es un momento segundo en un psiquismo sufriente que lucha contra la pérdida. Lo perdido es ante todo concretud, presencia activa, producción de una nueva relación de objeto con respecto al muerto, nueva investidura de un objeto que aún no es dado como ausente. La dialéctica objetal no produce un abandono de la relación de objeto, sino que el objeto continúa estando investido pero desde otro lugar.

El proceso de duelo incluye este enfrentamiento al vacío, previo a la elaboración de la ausencia, momento productivo no necesariamente elaborativo. En algunos sujetos, este proceso queda congelado en el vacío y la ausencia no termina de constituirse. En otros, culmina en un trabajo elaborativo de la ausencia, el «trabajo de duelo» señalado por Freud.

El trabajo de objetalización

En ese proceso se producen relaciones objetales con características particulares, como lo ilustran las siguientes viñetas clínicas:

-Ester llega a la consulta buscando salida a su adicción al juego. Hace cuatro años su esposo se suicidó, después de sufrir durante largo tiempo de una dolencia invalidante. El juego, que era un esparcimiento compartido con su esposo, se convirtió en una actividad compulsiva por la cual ha perdido sinnúmero de bienes.

-La queja de Raquel es la de no poder poner orden en su casa. A partir de la muerte de sus padres, con quienes vivía, ha mantenido cerradas habitaciones e intactos sus muebles y pertenencias.

-Inés, paciente hospitalaria, mantiene un nexo con el hospital que la lleva a deambular en él, consulta tras consulta. El recuerdo infantil de su madre internada y ella sosteniéndole la mano no la abandona. Es así que realiza, con sus dolencias y con el nexo con el hospital, la restitución del lazo con su madre ya

muerta. Las piedras que lleva en la vesícula son el cuerpo materno así preservado. Su vientre cobija un dolor que solo puede ser dicho como dolor corporal. Operada de sus piedras, el dolor se perpetúa en una cicatriz que no cierra, y en un intento de suicidio como última forma de restituir el vínculo materno.

En el duelo lo que primero se impone al psiquismo proviene de la realidad, y como dato primero no se trata de una ausencia, sino de una realidad diferente, por la cual aquel que ayer estaba no lo está hoy. Se trata de una realidad tan plena que es plena en demasía. El muerto no es un ausente, al menos como punto de partida. Ausente pero muy presente, se impone antes que nada como lo *unheimlich*. Se mantiene así a veces una relación de objeto con el muerto con características particulares, ya que en ella lo que se inviste constituye una presentificación del vacío y la muerte, encarnados en algún rasgo de dicha relación de objeto. Raquel está tomada por una inhibición que congela sus aspectos vitales. Ester, por el contrario, está igualmente tomada, pero por una actividad compulsiva que no le significa una satisfacción vital. En Inés es el cuerpo que se torna anti-metáfora de un dolor indecible. En las tres, el trabajo de objetualización –la casa, el juego, las piedras– tiene algo de una cualidad de lo muerto que no puede ser abandonado.

Para A. Green (1994) el trabajo de lo negativo propio a la pulsión de muerte no es pura desligazón, sino otra forma de ligazón, no necesariamente elaborativa, donde la pulsión se revela en la producción de una relación de objeto. Esa función objetualizante para Green pone de manifiesto una «investidura significativa» que lleva la marca de lo negativo. Lo negativo en este caso es estructurante de una relación de objeto, ligazón, pero que no da paso al símbolo, sino a una presencia plena del objeto.

Las relaciones objetuales producidas en los casos mencionados llevan de una forma u otra la negatividad de su condición. Las relaciones a objetos inertes no abren la vía a la producción de la representación-palabra-símbolo, sino a la concretización de un real que se (re)presenta y que no puede terminar de ser perdido y dejar paso a la simbolización de su ausencia. La producción de relaciones de objeto a la que nos referimos permite poner afuera lo intolerable, reconstituir de esa manera el yo, pero también presentificar un horror que vuelve por la vía de lo real.

El trabajo de duelo en los casos mencionados no lleva a una simbolización de la ausencia, sino por el contrario a perpetuar la relación al muerto como muerto. Se constituye como espacio-entre, que no cumple la función de transicionalidad winnicottiana, pero que hace de enlace entre el sujeto viviente y el muerto; espacio-entre productivo en donde se realiza una desinvestidura del sujeto en vida y un proceso de investidura del sujeto muerto-presente. Ello conlleva complejos espacios de relaciones objetuales e intercambios que tor-

nan intrincada la relación entre pulsión de vida y pulsión de muerte, y entre el yo y el otro. Se anudan relaciones de objeto de tipo narcisista que concentran la parte muerta del que queda en vida, que de esa manera acompaña al muerto. De la misma forma que había identificaciones a la persona en vida, hay nuevas identificaciones con el muerto en tanto muerto, lo que arrastra una compleja dialéctica entre vivo-muerto, libido de objeto y libido narcisista.

El duelo entendido como trabajo productivo, no necesariamente de síntomas, pero sí de relaciones arcaicas al muerto, lleva a un reacomodamiento psíquico. Se introducen nuevas investiduras objetales que llevan la marca de lo negativo, en el sentido de lo aún no simbolizable. Estas investiduras objetales encarnan los aspectos vivos del pasado, y también los aspectos inertes del presente.

La producción de relaciones objetales que presentifican al muerto puede ser muy variada; entre lo interno y lo externo, el propio cuerpo o los propios contenidos psíquicos pueden cumplir dicha función. La teorización en torno a la cripta de N. Abraham y M. Torok (2005) habla de pliegues y recubrimientos en el propio material psíquico, en una economía en donde este carece de su condición de tal y presentifica un real traumático.

Podemos también aproximar estos contenidos psíquicos sustancializados, despojados de su potencial representacional, a la noción de sustancia psíquica de E. Glover (1932) y a las prolongaciones que a partir de él hace Sylvie Le Poulichet (2000) quien, bajo el nombre de «paradigma de la adicción», analiza formaciones psíquicas que no se encuentran solo en sujetos «en adicción», y que se caracterizan por un proceso de formación y engendramiento de cuerpos extraños que se constituyen en soportes narcisistas paradójales. No pueden ser abandonados, pero tampoco ceden paso al símbolo.

Estas relaciones de objeto del duelo son investidas libidinalmente, pero presentan características que hacen que vehiculicen algo de lo inanimado o lo mortífero. Ponen en juego el autoerotismo y el narcisismo primario y los objetos –objetos externos o contenidos psíquicos sustancializados– sobre los que se apoyan se constituyen en soportes de la relación al muerto, pero también de la subjetivación del sujeto, como si esos objetos fueran otro-sí mismo.

Ponen asimismo en juego un escenario especular, que representa simultáneamente una reedición y evitamiento del trauma. Presentifican lo traumático, y tejen a su alrededor tentativas de control. Es así que conservan algo del agente del desamparo y algo de una función amparadora.

Proveen un soporte material para presentificar la ausencia y al mismo tiempo –fallidamente– contrarrestarla. Ello no desde las representaciones psíquicas, sino desde la presentificación de lo real: situación, cosa, cuerpo, persona, que

adquiere así una cualidad reificada. La nueva relación de objeto sirve para obturar la falta y cumple en ese sentido una función fetichizada. Dicha relación posee una cualidad particular de lo presente-ausente. Va a presentificar al muerto por alguna de sus características negativas: la pérdida de su vitalidad, su carácter inerte, su cualidad de *unheimlich*. La ambivalencia suscitada por su calidad de objeto abandonado hace que el objeto esté sujeto a control omnipotente y a pulsiones destructivas que aseguren su sobrevivencia, aun bajo una cualidad vivo-muerto. Es así que el juego, la casa y las piedras de las viñetas citadas constituyen el objeto de una queja, pero no pueden ser abandonados.

La nueva relación al objeto posee una doble valencia bueno-malo; compromete el narcisismo primario, anterior al lenguaje, y no es comunicable. El espacio secreto sin referentes positivos marca los límites de lo simbólico y del lenguaje y constituye una forma de figuración externa de un trabajo de representación que no llega a efectuarse. Se bordea así el límite de lo enunciable y del sentido. En todo caso, si hay un protosentido, este está anclado en la relación al objeto.

Duelo y transicionalidad

El espacio-entre productivo a partir de lo real traumático de la pérdida evoca la reflexión de Winnicott (1996) con relación al espacio transicional. Para que un aire transicional se instaure en dirección a la simbolización de la ausencia, el objeto externo según Winnicott debe comunicar cierto calor y vitalidad, tener consistencia y realidad propia, ser bueno y no persecutorio; en caso contrario, su carencia o inadecuación despoja de sentido el proceso transicional y compromete soluciones patológicas, que van en el sentido de obturar la falta intolerable en lugar de elaborar la ausencia.

La situación traumática de la pérdida y la constitución de una nueva relación, esta vez al objeto-muerto, conforman un espacio en donde se reeditan los avatares y dificultades del proceso de constitución de un aire transicional, entendido como aquel que permite la elaboración de la pérdida y la instauración de la ausencia y el símbolo; en el caso del duelo, el desprendimiento del objeto, la preservación de sus emblemas simbólicos y la creación e investidura de nuevas relaciones objetales.

La resolución de los duelos a los que nos referimos habla de una dificultad para crear un espacio transicional y elaborar la ausencia. Lo traumático de la pérdida en esos casos conduce a un trabajo de lo negativo en donde la ausencia de sentido sustituye a la elaboración de la pérdida, y la reificación de un objeto sustituto, en su presencia plena, sustituye al trabajo de representación.

La ausencia no termina de constituirse, y la vía de la ligazón y la representación tampoco. Hay pérdida, vacío, concreción, y tentativa de llenado y control de esa pérdida que no puede terminar de aceptarse. Se conforma así un espacio transicional fallido en donde el objeto permanece incluido en la concreción de su neo-realidad, como lugar en donde se aloja lo malo, la pérdida y también un intento de control de la misma.

Si el espacio transicional sirve a la constitución del símbolo y a un proceso hacia una alteridad diferenciadora de un mundo interno y un mundo externo que permitiría cumplir el trabajo de duelo freudiano, en este caso se produce un telescopaje narcisístico entre sujeto y objeto ubicados en el lugar del espacio transicional, que no cumple su función de una diferenciación estructuradora de una alteridad. En su lugar hay un espacio que no da paso al símbolo sino al clivaje y a un protolenguaje reificado. Subsiste un aire en el límite entre el sentido y su ausencia. Espacio-entre, transitividad, pero a un objeto, y signado por una lógica de la negatividad en lugar de la elaboración y el sentido.

Se ve afectado el proceso diferenciante, y contenido psíquico y objeto ven diluidos sus límites, sujetos a una captura narcisística. En ella, el objeto externo es objetalizado desde la proyección clivada de aspectos buenos-malos, animados-inanimados. Las cualidades necesarias al objeto real que permiten el pasaje por el aire transicional van a trastocarse en virtud de una economía de lo tanático inscrita en la nueva relación de objeto. El muerto va a estar así presentificado pero de una forma negativizada.

Algo nuevo se produce en el duelo, que toca las primeras experiencias, pero acarrea una desestructuración y una nueva estructuración en función de una efracción traumática del orden de lo real y lo actual. El concepto de traumatismo acumulativo de M. Khan (1980) no es ajeno a la idea de una historización y actualización del trauma y los nuevos remodelamientos que ello acarrea. En esa reedición de lo traumático, siempre hay algo de lo arcaico y también algo de lo nuevo que hace que no se reduzca a una mera repetición. Guarda sin duda relación con las primeras experiencias de separación, pero también con una especificidad en relación con el objeto real muerto; un déficit simbólico en esa especificidad provoca un anclaje en lo real.

Las resoluciones fallidas del proceso transicional, entre las cuales Winnicott menciona el fetichismo y la toxicomanía, tienen similitud con la formación de estos objetos del duelo. Tanto en estos como en las relaciones de objeto adictivas, una relación a un objeto real que conserva características narcisísticas, y que el sujeto puede tener como idéntico a sí mismo, permite un anudamiento contra una vivencia de caos o derrumbe. Se produce así una efectuación de lo interno que no puede ser metabolizado por las vías del con-

flicto psíquico, a lo externo, en una tentativa de control y ligazón de un yo amenazado por el vacío y el trabajo de desligazón.

La producción de estas relaciones de objeto opera como sostén identificatorio, y también representa en algún rasgo lo no elaborado o temido. Posee un carácter metonímico; es una tentativa de resguardar el mundo interno desde lo real, pero las características narcisísticas del objeto terminan confundiendo los límites interno-externo. Constituye un intento de sustentación de sí mismo que por no sustentarse desde una interioridad debe apelar a un soporte externo al psiquismo, en una relación de objeto que a veces, como en los procesos psicósomáticos consecuentes a una situación de duelo, toma al propio cuerpo. Lo externo en este sentido es todo aquel soporte no reconocido como teniendo sus fuentes en lo interno.

Duelo y clínica de los estados límites

Se puede establecer una homología entre la construcción de relaciones de objeto en estas situaciones de duelo y en las organizaciones narcisistas y limítrofes. Con relación a estas últimas, Kernberg (2001) habla de una «relación de sí mismo a sí mismo» y Kohut (1977) de un «sí mismo-objeto». Por otra parte, Bouvet (1967), con respecto a lo que denomina individuos pregenitales, alude a una relación con un objeto significativo que aloja tensiones ambivalentes, que es poseído y desvitalizado, y al mismo tiempo cumple la función de soporte de una subjetivación.

Dentro de la complejidad teórica de la clínica de los estados límites, hay cierto consenso en ubicarla a partir de fallas en la estructuración subjetiva temprana, que guardan relación con experiencias de excesiva insatisfacción que afectan los procesos de separación e individuación, y a partir de ahí las funciones sintéticas del yo. Ello introduce una distorsión, en particular en las vicisitudes libidinales donde los aspectos tanáticos están presentes, y en la construcción de relaciones de objeto. Desde un trauma primordial que no puede ser metabolizado por las vías intrapsíquicas, es la constitución de la simbolización de la ausencia y la configuración de los límites del yo que se ven alterados. En lugar de constituirse un espacio de representación, elaboración y sustitución metafórica del objeto perdido, una relación a un objeto real sustenta frecuentemente ese espacio, en forma similar a las situaciones de duelo descriptas.

Las homologías que aproximan la producción de ciertas relaciones de objeto en el duelo a resoluciones fallidas del aire transicional como en el caso de las adicciones y las organizaciones limítrofes, no implican sin embargo la posibilidad de subsunción de unos fenómenos a otros, por el contrario, intro-

ducen una perspectiva crítica sobre los criterios teóricos y metodológicos que pueden articularlos. La no necesaria reductibilidad del duelo a los otros fenómenos puede servir a un fértil cuestionamiento de los modelos implícitos en estos campos.

Los sistemas categoriales de tipo nosológico constituyen tentativas de ordenar los fenómenos psicopatológicos por sus grados de generalización y los rasgos que tienen en común. Dos presupuestos metodológicos los subtienden: la referencia a la cualidad patológica de los fenómenos, y una lógica que apunta a cuadros relativamente estables y estados finales. Esta perspectiva, de un orden claro y definido y de una regularidad de los fenómenos, necesariamente deja de lado matices, estados intermedios y singularidades, al mismo tiempo que asocia normativamente lo psicopatológico a lo a-normal.

La distinción entre duelos normales y patológicos, y la subsunción de estos últimos a formas melancólicas y patologías narcisistas, se corresponde con este modelo. Esta subsunción filtra subrepticamente un saber tautológico que reabsorbe matices y diferencias, disminuyendo así su potencial explicativo. Al mismo tiempo se despoja al duelo de su cualidad psicopatológica en su acepción primera, inherente al *pathos* como sufrimiento y pasión, introduciendo la virtualidad de un duelo «normal» cerrado a sus vicisitudes, diferencias y dificultades.

Entre estados finales y puntos intermedios, es una concepción del *pathos* que está así en juego. Cuando el sujeto del duelo se aproxima a las organizaciones limítrofes u otras configuraciones en torno a las dificultades de elaboración de un aire transicional, es la propia zona de aproximación la que merece ser objeto de reflexión. Ese espacio intermedio de transformaciones permite articular y recoger lo que las grandes categorizaciones dejan como resto.

La clínica de lo cotidiano integra tanto organizaciones estables como procesos temporales críticos con relación a traumatismos actuales. Las dificultades de elaboración de la ausencia, y las producciones de relaciones de objetos con respecto a ellas, circulan entre unas y otros. La ausencia de una matriz explicativa que dé cuenta de sus semejanzas y sus diferencias deriva más de una dificultad teórica y modelística que de las propias realidades clínicas.

La deconstrucción de lo que permanece telescopado en los grandes sistemas categoriales permite un trabajo teórico a dos puntas, por un lado, restituir a los fenómenos normales, como en el caso del duelo, su condición psicopatológica, y a lo psicopatológico su esencial condición subjetiva, de sufrimiento singular irreductible a delimitaciones nosográficas claras.

Por otro lado, permite también cuestionar si la función y operatividad modelística de las grandes categorizaciones limítrofes y narcisistas es la de una

categoría nosográfica más entre otras, o si algo está allí también telescopado. En efecto, si bien por un lado tiene que ver con un agrupamiento nosográfico, el propio estatuto de borde del mismo habilita al reconocimiento de territorios intermedios y permite, como conector, poner en relación fenómenos clínicos que, aun conservando sus diferencias, guardan ciertas homologías en relación con la dificultad de elaboración simbólica de la ausencia. En ese caso la propia nominación del borde o del límite designa dos modelizaciones diferentes: un modelo categorial nosográfico, y un operador inter-categorial que señala la dispersión de cuadros diferentes y próximos por un lado y de procesos al lado de estados finales por otro.

Lo intercategorial en este caso no se restringe a formas combinadas de categorías nosográficas, sino a una modelización que permite concebir una zona de pasaje en una red diferencial sincrónica y diacrónica que concierne cuadros y procesos.

Ello permite a su vez otros pasajes:

- entre lo normal y lo patológico, lo que permite restituir así no solo el *pathos* inherente a la «normalidad» de la vida cotidiana, sino su potencia explicativa a nivel teórico-clínico;
- entre procesos críticos temporarios y organizaciones estables y prevalentes;
- permite reintroducir además el factor externo, a menudo desvanecido ante la primacía que históricamente ha tenido el mundo interno para el psicoanálisis, en dos aspectos: el de la realidad externa como precipitador de procesos críticos en conexión con una estructura interna, así como el de objetos externos en su conexión con producciones restitutivas internas. O sea, el factor externo como potencial desorganizador-organizador;
- finalmente, y en virtud del lugar acordado al factor externo, las coyunturas desorganizativas conducen a dinamizar la noción de trauma, en tanto desencadenante y acompañador de los procesos críticos psicopatológicos.

Los modelos y categorizaciones pueden así aumentar su potencial heurístico mediante su confrontación a sus propios límites y prolongaciones, enriquecerse y adquirir consistencia fenomenológica mediante su puesta en lo que concierne a la dispersión de las figuras singulares y a la vez próximas en relación con los mismos, como es el caso del duelo.

Bibliografía

- Abraham N., Torok, M. (2005). *La corteza y el núcleo*. Madrid: Amorrortu Editores S.A.
- Allouch, J. (2006). *Erótica del duelo en tiempos de la muerte seca*. Buenos Aires: El cuenco de plata, Ed. Literales.
- Bouvet, M. (1967). *Les variations de la technique (Distance et variations)*. París: Payot.
- Freud, S. (1915). «Duelo y Melancolía». En *Obras Completas*, Tomo XIV. Buenos Aires: Amorrortu Editores S.A.
- Glover, E. (1932). «On the aetiology of drug-addiction». En: *International Journal of Psycho-Analysis*, XIII, p. 298-328.
- Green, A. (1994). *El trabajo de lo negativo*. Buenos Aires: Amorrortu Editores S.A.
- (2010). *De locuras privadas*. Buenos Aires: Amorrortu Editores S.A.
- Kernberg, O. (2001). *Desórdenes fronterizos y narcisismo patológico*. Barcelona: Ed. Paidós.
- Khan, M. (1980). «El concepto de traumatismo acumulativo». En: *La intimidad del sí mismo*. Madrid: Saltés.
- Kohut, H. (1977). *Análisis del Self*. Buenos Aires: Amorrortu Editores S.A.
- Le Poulichet, S. (2000). «De la 'substance psychique' au paradigme de l'addiction». En: *Les addictions*. París: P.U.F.
- Singer, F. (1999). «El duelo: ¿Qué modelización?». En: *Revista Latinoamericana de Psicopatología Fundamental*, Vol. II N.º1, S. Pablo, pp. 129-140.
- Singer, F. (2005). «La borderización del sujeto». En: *Revista Latinoamericana de Psicopatología Fundamental*, Vol. VIII No.4, S. Pablo, pp.694-705.
- Winnicott, D. W. (1996). *Realidad y juego*. Barcelona: Ed. Gedisa.